

Las monarquías universales se legitiman alguna vez por su obra civilizadora: los Romanos civilizaron las Galias y la España antes de llevarlas su propia decadencia. Pero de los Españoles ni aun eso se puede decir; arruinaban los países que conquistaban. Que se compare el brillante destino de las Provincias-Unidas que se sustrajeron al yugo de España con la suerte de los Países-Bajos católicos; es una comparación entre la vida y la muerte. La Bélgica debe á la dominación de la Casa de Austria el embrutecimiento intelectual y moral que ha hecho de ella la Beccia de Europa por espacio de algunos siglos. ¿Qué hicieron los Españoles del reino de Nápoles, ese paraíso terrenal donde la naturaleza prodigó todos sus dones? Los Napolitanos deben á la dominación española la disolución de todos los vínculos sociales: convertido el Estado en una explotación horrible, los Italianos maldijeron del Estado y rompieron los lazos que les unían á la sociedad: se hicieron ladrones (1). ¿Qué hicieron los Españoles de Portugal? Allí su dominación fué más criminal que incapaz: uno de los ministros más afamados de España se imaginó que el mejor medio de subyugar á los Portugueses era hacerlos pobres y extenuó sistemáticamente á una nación fiera y generosa, hasta que, llevada á la desesperación, rompió sus cadenas (a).

III.

La ambición de la monarquía universal, unida al fanatismo católico, arruinó á España, sin que sus reyes lograsen el objeto que perseguían. Felipe II fracasó como Carlos V había fracasado. El hijo del gran emperador ha sido juzgado mucho tiempo con excesiva severidad; se le ha llamado el demonio del Mediodía, y uno de los grandes historiadores

(1) RANKE, *Fugsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 480.
(a) El autor refiere todo lo malo que sabe de nuestra historia, pero calla lo bueno; y sobre todo, omit referir la parte que han tenido en nuestras desgracias los extranjeros y con especialidad los Franceses. Ellos influyeron tanto como la mala política y detestable gobierno de los Felipes para las sublevaciones de Portugal y de Cataluña. No ha sido acertada, por lo general, nuestra política; pero nuestros males han venido de fuera más que de dentro.—(N. del T.)

modernos, repitiendo ese estigma, añade que el rigor es un deber de humanidad cuando se trata de condenar la tiranía en la persona de un tirano (1). En otra parte hemos apreciado su política religiosa (2); con ella guarda estrecha alianza su ambición política. La unidad católica de que se hizo defensor ¿fué para el rey de España un fin ó un medio? Hay en su conducta para con los rebeldes de los Países-Bajos un fanatismo de una obstinación demasiado ciega, para que se le pueda calificar de hipocresía sistemática. Hay que admitir, por lo tanto, que fué de buena fe el campeón del catolicismo, lo cual basta para rechazar el estigma que la historia ha lanzado sobre él. Si fué pérfido y cruel en nombre de la religión católica, á ésta es á la que hay que acusar, á la religión tal como se la comprendía en el siglo XVI. En sus más negras acciones tuvo por cómplices hombres de Iglesia, alguna vez á los jefes de la cristiandad, á los que se llaman vicarios de Dios. Se ha canonizado á Pío V: ¿por qué enviar á los infiernos á Felipe II? Nuestra comparación se limita á la vida pública; no es nuestro ánimo parangonar el marido adúltero y el pontífice que practicaba todas las virtudes de un monje.

Si Felipe II ha sido el defensor sincero del catolicismo, ¿por qué pesa sobre su memoria la maldición, mientras que por la misma causa son celebrados como héroes Carlo-Magno y los Othones? Es porque en la Edad Media, el catolicismo era la condición esencial de la civilización, mientras que después de la Reforma el catolicismo ha servido de obstáculo y de trabas á la civilización. Los emperadores cristianos eran hombres del porvenir; Felipe II era un hombre del pasado: hé ahí por qué la humanidad le repudia. Sin embargo, aquel pasado que el rey de España quería reconstituir aún tenía entonces su razón de ser, toda vez que la Reforma no había logrado vencerle. Dejemos á Felipe II la gloria de haber unido su nombre á la reacción católica; que si fué harto pequeño para comprender lo que en ella había de legítimo, por lo ménos la prestó ciega devoción.

(1) J. VON MULLER, *der Fürsten-Bund*, c. X (t. XXIV, p. 52)
(2) Véase la parte nove. a de mis *Estudios*.

CAPÍTULO IV.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS Y LA PAZ DE WESTFALIA

§ I.—El objeto de la lucha.

Hemos dicho en otra parte que la terrible lucha que ensangrentó la Alemania por espacio de treinta años fué religiosa en su origen, pero que en ella se mezclaron intereses políticos que fueron adquiriendo mayor importancia á medida que las hostilidades se prolongaron (1). Bajo este punto de vista debemos colocarnos para apreciar la misión de esa horrible guerra y el papel que en ella desempeñaron las partes beligerantes. El fin providencial fué asegurar la libertad religiosa en Europa, dándole garantías en la patria misma de la Reforma. La paz de Augsburgo no llegó á consignar esas garantías; arrancada á la Casa de Austria, más que libremente consentida por ésta, fué aquella paz una tregua y no una verdadera paz. La Iglesia no renunció á la esperanza de recuperar, aun cuando fuese por la fuerza, el terreno que había perdido. Una poderosa milicia, los jesuitas, organizó la reacción católica en toda la cristiandad; é influyendo en los ánimos por medio de la educación, se apoderaron de las generaciones nacientes:

ese lento trabajo no satisfizo su ardor, sino que excitaron la violencia, en unas partes por medio de conjuraciones, en otras por la guerra civil; fracasaron en Francia y en Inglaterra, pero en Alemania sus progresos amenazaron la existencia misma del protestantismo.

Los jesuitas encontraron un príncipe que parecía nacido para ponerse á la cabeza de la reacción católica: fué Fernando, el jefe de la Casa de Austria. En vano se ha dicho que los designios de Fernando no eran tan colosales, y que no pensaba en destruir la Reforma, sino en salvar el catolicismo. Los que creen en la moderación del partido católico no conocen el poder del principio religioso que constituye su fuerza. El catolicismo va fatalmente impelido á la dominación, porque es propio de su esencia la universalidad y se cree llamado por Dios mismo para imponer sus creencias al mundo entero. Por eso, cuando se produce una heresia en su seno debe extirparla; y sus anales atestiguan que no retrocede ante ningún medio para conseguir el fin que persigue. Si Fernando hubiese quedado victorioso, el principio le hubiese

(1) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

arrastrado; é instrumento de los jesuitas, hubiera llegado hasta el fin, es decir, hasta la destrucción de la Reforma. Destruída en Alemania, donde tenía sus raíces, y no teniendo en Francia más que una existencia precaria, hubiera sucumbido necesariamente en Inglaterra y en el Norte, y con ella hubiera sucumbido el libre pensamiento y la civilización moderna.

¿Quién ha salvado el protestantismo y el porvenir de la humanidad? Los que estaban llamados á defenderle por sus creencias y por su interés político, los príncipes protestantes, si es que no desertaron de su causa, la comprometieron con sus divisiones, origen de una irremediable flaqueza. Pero Dios les envió un salvador, un héroe digno de ser el defensor de la libertad religiosa, como lo fué *Gustavo Adolfo*; pero no encontrando apoyo en los príncipes alemanes, sucumbió al principio de su gloriosa carrera; sus generales continuaron luchando contra la Casa de Austria; pero la Suecia, abandonada por los protestantes, hubiera sucumbido si no hubiese encontrado un auxiliar en la Francia. *Richelieu* prosiguió la obra de *Gustavo Adolfo*, no por convicción religiosa, sino por interés político. La ambición de la Casa de Austria estaba tan íntimamente ligada á la dominación del catolicismo, que no se podía atacar la una sin lastimar al otro. El emperador, colocado á la cabeza de la reacción católica, obligó á *Richelieu* á ponerse á la cabeza del partido protestante; y como el protestantismo contribuyó á la victoria, fué forzoso que se aprovechára de sus frutos. Y hé ahí cómo sucedió que la Reforma fué salvada por un príncipe de la Iglesia.

Cierto que no era ese el fin que se proponía el cardenal: espíritu esencialmente político, no veía en la guerra que encendieron las pasiones religiosas más que un medio de destruir el poderío de la Casa de Austria. Se acusa á los descendientes de *Cárlas V* de que aspiraban á la monarquía universal; y la acusación es fundada en cuanto que eran jefes de la reacción católica, y el catolicismo implica una dominación universal, así en lo temporal como en lo religioso. *Cárlas V* se había inspirado en el ideal de la Edad Media queriendo restablecer el imperio y la unidad cristiana. *Felipe II* continuó la política de su padre: fué, realmente, el rey de los católicos, y estuvo á punto de serlo de toda la cristiandad. En el siglo XVII,

la rama alemana de la Casa de Austria tomó á su cargo el papel que la española había desempeñado en el siglo XVII. Y aquí también la idea dominó y arrastró á los hombres. Fernando, ni más ni menos que *Felipe II*, carecía de talla bastante para ser el señor del mundo; y es más que probable que jamás concibiera esa gran ambición; pero la idea religiosa de que era órgano y campeón le llevó, á su pesar, á obedecer la divisa de su casa: *plus ultra*. Supóngase un instante la reacción católica victoriosa, y *Gustavo Adolfo* y *Richelieu* vencidos: ¿quién no ve que la independencia de las naciones hubiese perecido con la libertad religiosa? Esos eran los temores de *Richelieu*, el más profundo político de los tiempos modernos; el cual, si se alió con los protestantes contra la Casa de Austria, fué para prevenir el peligro de la monarquía universal (a).

¿*Gustavo Adolfo* y *Richelieu* fueron desinteresados en esa gran lucha? El primero ¿no tenía otro fin más que el de salvar la Reforma? ¿No quería el segundo la monarquía para la Francia, ó, por lo menos, la influencia de que se despojaba á una casa rival? Ciertamente es que la ambición y el interés han jugado su papel en los grandes acontecimientos de la historia, y así será siempre, porque tal es la condición humana. Nosotros creemos de buen grado que la muerte sólo impidió al héroe sueco fundar un imperio protestante en su beneficio. El cardenal murió antes de terminarse la lucha; pero sobrevivió su política, ya que no su genio, é inspiró las negociaciones de Munster, que produjeron el tratado de Westfalia, el cual abatió al Austria y consagró el engrandecimiento de la Francia. No era la monarquía universal; nosotros no creemos que *Richelieu* haya pensado jamás en ella, pero sí en obtener un rango preponderante en la cristiandad, un ascendiente moral más bien que una do-

(a) Fué para ir en busca, no de la monarquía universal, que es un fantasma, pero sí de la preponderancia europea de la Francia. Y esto que los precedentes explican y los consiguienes demuestran de una manera irrecusable, *Laurent* hace esfuerzos de ingenio para desfigurarlo. Vencida estuvo Francia por *Cárlas V* en Pavia, por *Felipe II* en San Quintín, y en todo pensaron los dos supuestos colosos menos que en extender su dominación y en fundar la pretendida monarquía universal; y las ocasiones no podían ser más propicias. ¿Y había de pretender el emperador Fernando lo que no ambicionaron *Cárlas V* ni *Felipe II*? Pues el cardenal *Richelieu* pensó en todo menos en favorecer la causa del protestantismo. Los elogios de *Laurent* bajo este concepto están fuera de su lugar, y son verdaderos sofismas para atribuir á la Francia y á *Richelieu* una gloria que no buscaron y que no merecen. La Reforma hubiera triunfado sin *Richelieu* y sin la Francia.—(N. del T.)

minación material. El rey que siendo aún niño firmó la paz de Munster recogió la herencia de aquel acontecimiento: *Luis XIV* extendió el brillo y el terror del nombre francés por toda la Europa. La revolución francesa llevó aún más lejos la gloria de la Francia, la cual venció, en nombre de una idea, á la Europa coaligada, y legitimó sus victorias llevando á los vencidos la libertad, la igualdad y la fraternidad. De la revolución fué heredero un conquistador; pero infiel á su origen, puso el despotismo en lugar de la libertad, y en vez de inspirarse en el sentimiento de la fraternidad, fundó un imperio sobre la fuerza de las armas. El yugo francés pesó duramente sobre el mundo, y sobre Alemania especialmente: de ahí una reacción violenta contra la Francia, reacción que se manifiesta hasta en la esfera apacible de la ciencia. Ha resultado de ello una concepción nueva y extraña de la guerra de los treinta años, que nosotros rechazamos, porque juzga al pasado en nombre de las preocupaciones del presente. Se condena á la Francia del siglo XVIII á virtud del odio que ha producido la dominación napoleónica. Pero el odio es un mal consejero; ciega en vez de alumbrar; hay que desterrarle del estudio de la historia si no se quiere alterarla ó falsearla (a).

Los escritores alemanes no ven en la guerra de treinta años más que una lucha política; niegan que la causa de ella fuese la libertad religiosa, y apenas si admiten que en los primeros años afectó carácter religioso, y eso á los ojos de los protestantes, que infudadamente creían que el proyecto del emperador era destruir la Reforma. Pero la guerra, dicese, se hizo exclusivamente política desde que el extranjero intervino en ella. Y cuando hablan de lucha política, no entienden que la Casa de Austria haya amenazado á la Europa con la pretensión de una monarquía universal, y niegan que *Gustavo Adolfo* y *Richelieu* tomaran las armas para salvar á la Europa de tal peligro. El héroe sueco y el político francés quedaban rebajado

(a) Aquí confunde el autor dos hechos, dos épocas y dos sucesos grandemente separados y distintos, para deducir de las consecuencias del segundo una causa que le sirve á explicar el juicio que los historiadores alemanes han formado del primero. El sofisma es visible. Las guerras de *Napoleon* son una cosa, y otra distinta la guerra de los treinta años. No es por el odio que aquellas despertaron en los alemanes contra *Napoleon* por lo que hoy censuran amargamente la inmixción de la Francia en la guerra de los treinta años, que destruyó y casi aniquiló á la Alemania.—(N. del T.)

al papel de bandidos: hicieron la guerra al imperio, se dice, para repartirse sus despojos (1). En ese orden de ideas, ¿cuál es la misión providencial de la guerra de los treinta años? Ya no se ve ninguna. No ha asegurado la libertad religiosa ni la independencia de la Europa, puesto que ni una ni otra estaban en peligro. No resulta ya más que un vasto campo de carnicería ocupado por hordas bárbaras bajo la bandera de Francia y de Suecia, sin otro fin en sus jefes que el desmembramiento de la Alemania, y sin más objeto para los capitanes y los soldados mercenarios que el del botín y el de una licencia salvaje. En cuanto á los príncipes protestantes, únicos que desertaron de la causa del protestantismo para aliarse al emperador, son ensalzados por haber comprendido los verdaderos intereses de la religión y del Estado; por el contrario, los que permanecieron fieles á la alianza sueca son increpados como traidores á la patria: el ébrio y egoísta *Jorge de Sajonia* viene á ser un tipo de patriotismo, mientras que el landgrave de Hesse y su heroica viuda *Amelia Isabel* se ven entregados á la execración (2). Y no son únicamente esos príncipes los que ven inmolada su reputación al odio del nombre francés; en su ardor patriótico, los historiadores alemanes llegan hasta acusar á la nación, si no de traición, á lo menos de incapacidad política y casi de necedad. Apoyados en la historia, se había creído hasta aquí que era el genio guerrero de *Gustavo Adolfo* y de sus grandes capitanes, los *Horn*, los *Bannier*, los *Torsten* y los *Wrangel*, y después el ardor de *Condé*, unido el gran talento de *Turena*, los que habían triunfado de la Casa de Austria. ¡Error! Los franceses formaban muy pequeño número, y si se distinguieron, fué por su cobardía; la Suecia no envió á Alemania más que algunos miles de paisanos desnudos; los ejércitos suecos y franceses estaban casi exclusivamente compuestos de mercenarios alemanes. Hé aquí, pues, á lo que se reduce la guerra de treinta años: son los alemanes los que bajo la bandera de algunos bandidos suecos y franceses vierten su sangre para desmembrar su patria en provecho de aquellos que los han comprado.

Si fuera verdad, ese sistema histórico sería des-

(1) *BARTHOLD*, *Geschichte des grossen deutschen Krieges*, t. II, página 411 y siguientes.

(2) *BARTHOLD*, *Geschichte des grossen deutschen Krieges*, t. II, páginas 37, 43, 243.

consolador. Los escritores que le sostienen no se aperciben de que, á fuerza de patriotismo, hacen la sátira más sangrienta de su patria (a). ¿Qué se puede pensar de una gran nación cuyos príncipes se venden al extranjero por codicia ó se dejan engañar de sus enemigos, y combaten por ellos contra su jefe, sin preocuparse del honor nacional ni de la integridad del territorio? Hay que decir que es una nación de traidores y de tontos, y que merece su destino, por duro que sea. Eso es lo que vienen á decir de los Alemanes del siglo XVII. Después de 1630, todo el partido protestante fué aliado de la Suecia; ¡la mitad de la Alemania era, pues, traidora á la patria! En todo el período de la guerra hubo príncipes y tropas alemanas al servicio de la Suecia y de la Francia: ¿serían traidores ó, por lo ménos, imbeciles al imaginarse que sus creencias estaban en peligro y su libertad comprometida por la Casa de Austria? Pero no es eso todo: si los historiadores alemanes tuvieran razón, habría que decir que la humanidad es víctima de un ciego fatalismo, y habría que negar el gobierno providencial. ¿Á qué se reduce nuestro destino si los pueblos de Europa se han estado desgarrando treinta años sin que para ello existiera otra causa más que la ambición de algunos bandidos y la necesidad de las masas? ¿Habrá que creer que Dios no ha dado otra misión á los hombres más que la de degollarse y despojarse mutuamente?

Apresurémonos á responder que es falso el sistema histórico que conduce á tan desconsoladoras consecuencias. Los escritores alemanes alteran los hechos al negar que la libertad religiosa intervino en la guerra de los treinta años, al negar que la religión católica y el poder de la Casa de Austria ponían en peligro la libertad de Alemania y de toda la cristiandad. Se necesita cerrar los ojos á sabiendas para sostener que la religión no ha desempeñado ningún papel en la lucha que ensangrentó á Alemania durante una generación. La

(a) El autor no recuerda sin duda que las discordias religiosas produjeron en Francia ese mismo estado de cosas en tiempo de la liga, y que él mismo lo ha descrito aquí con negros colores, calificando de traidores á su patria á los católicos franceses que estuvieron á punto de someterse á Felipe II, y que aceptaban por reina de Francia á la hija de éste. Por consiguiente, los historiadores alemanes no sostienen una tesis tan disparatada y tan absurda al decir que en Alemania pasó lo que en Francia, con la diferencia de que en aquella entraron los extranjeros y la ayudaron á destrozarse, cosa que con todo su poder y todas sus intrigas no logró hacer en Francia Felipe II.—(N. del T.)

reacción católica al fin del siglo XVI y al principio del XVII, ¿por ventura fué un sueño? Los jesuitas, ¿son un fantasma? El fanatismo de Fernando II, ¿ha sido un mito? Y ¿qué quería la reacción católica? ¿Cuál era el fin que perseguían los jesuitas y su instrumento, el emperador? ¿Acaso no era la destrucción del protestantismo? ¿Podía la Iglesia tener otro pensamiento que ese? Si todo eso fuera un producto de la imaginación, ¿qué habría que pensar de los largos debates en Osnabruck sobre la libertad religiosa? ¿Qué decir del tratado de Westfalia que la garantizaba? ¿Qué opinar de la protesta del papa contra aquellas estipulaciones? ¿Se negocia al fin de una larga guerra sobre cosas que no han sido objeto de ella? Los tratados de paz no son una consecuencia de las hostilidades; y si la paz de Westfalia es tan religiosa como política, ¿no es una prueba evidente de que tal era el carácter de la guerra? Si hay un elemento religioso en la guerra de los treinta años, todo varía de aspecto. La causa de la Reforma es la del libre pensamiento, es la causa de la civilización; nosotros no conocemos ningún interés más grande para las naciones. Que Gustavo Alfonso, al tomar la defensa del protestantismo, fuese impulsado por ambición, no lo negamos; pero esa ambición era noble y santa: la cuestión religiosa se liga íntimamente á la cuestión política. Por la sola razón de que la Casa de Austria se hallaba al frente de la reacción católica se veía fatalmente impulsada á ambicionar la monarquía universal, por lo ménos en el sentido de que su influencia llegara hasta donde se extendiesen las conquistas del catolicismo. ¿Qué hubiera sido de la libertad de Alemania si Fernando hubiese vencido á Gustavo Adolfo? La libertad de Alemania no era, pues, un nombre vano; y al invocar la Richelieu, fuesen las que quisieran sus segundas intenciones, no era un bribón que engañaba á sus aliados como si fueran sus enemigos. El gran cardenal ha sido realmente el libertador de la Europa, porque ha estorbado el imperio exclusivo del catolicismo y la monarquía de su campeón, la Casa de Austria.

Siendo, pues, la libertad de pensar y la independencia de las naciones lo de que se trataba en la terrible lucha de los treinta años, la historia, al increpar las malas pasiones de los hombres, debe bendecir la mano de Dios, debe sacar esta gran lección de los males de la guerra, la de que los

pueblos se crean á sí mismos su propio destino. Si no marchan por la vía de la Providencia, Dios interviene y les envía un salvador; pero ¡ay de aquellos que no saben salvarse á sí mismos! La salud que viene de una mano extraña es siempre un mal, porque empuja necesariamente á los que por flaqueza han tenido que recurrir á ella. Hé ahí el reproche que la historia puede hacer á los príncipes protestantes; no dirá que eran necios ó traidores por haber pedido ó aceptado el apoyo del extranjero; los acusará de no haber defendido su fe y su libertad con sus propias fuerzas y de haber hecho necesaria la intervención de la Suecia y de la Francia. ¿Se dirá á esto que buscaban en el extranjero la fuerza de que carecían? Contestáremos que esa impotencia misma les es imputable, porque es debida á sus funestas divisiones y á su mala inteligencia política. Pero en medio de eso, el fin que perseguían cuando fueron á la zaga del extranjero, no era la satisfacción de viles pasiones, sino que se ventilaban los más grandes bienes del hombre, la religión y la libertad.

Desde el siglo XVII se ha verificado una gran revolución en las ideas políticas de los Alemanes; lo que entonces llamaban su libertad lo estigmatizaban hoy como un crimen. La paz de Munster consagró la independencia casi absoluta de los príncipes, con gran mengua de la autoridad imperial, y de ello resultó relajada la unidad nacional. De ahí provino una gran flaqueza cuando el imperio entró en coalición con la Francia, nación fuerte é invencible por su unidad. Los Alemanes se han apercibido de que su patria no desempeñaba el papel que podía y debía desempeñar en el gran drama de la historia, porque sus fuerzas estaban divididas, en vez de hallarse unidas en una haz. Hé aquí por qué la unidad de Alemania ha venido á ser el voto de todos aquellos que quieren devolverla el rango á que tiene derecho. Nada más legítimo; pero hay en ese patriotismo un escollo que no han sabido evitar los historiadores; no hay que trasportar al siglo XVII las pasiones del XIX, y eso es lo que hacen los escritores que reprochan con tanta amargura á los príncipes protestantes y aún á los católicos el haberse dejado engañar por la dulce palabra de libertad, en nombre de la cual los armaba la Francia contra el emperador.

No es Richelieu el que ha inventado la *libertad alemana*; no hay sentimiento más arraigado en la

raza germánica que el de la individualidad y el de la independencia, ni lo hay más extraño á su genio que el de la unidad. Si esto es un mal, no data del siglo XVII, es tan antiguo como la Alemania. La Reforma, que no es por sí misma más que una manifestación de ese genio, dió nueva fuerza á la tendencia que arrastra á los Alemanes á separarse en vez de unirse. Pero, ¿es cierto que todo en esa tendencia deba ser condenado? Los que se atienen al protestantismo, aquellos para quienes la libertad de pensar es lo más precioso, deben felicitarse de que la Alemania no hubiese llegado á la unidad política en el siglo XVI; los reformadores no hubieran encontrado apoyo en un duque de Sajonia ni en un landgrave de Hesse, mientras que habrían encontrado en un emperador omnipotente, jefe político del catolicismo, su enemigo mortal. Humanamente juzgando, se puede asegurar que la Reforma hubiese sido sofocada en su cuna. Admiramos las vías de la Providencia. Mientras que por todas las demás partes el poder real se encontraba más y más en una sola mano, el imperio de Alemania se iba fraccionando; y los papas contribuyeron á debilitarlo, sin sospechar que allanaban el camino á Lutero; el fraccionamiento de la Alemania fué la salvación del protestantismo. Los príncipes alemanes tenían, pues, muy buenas razones para aferrarse á su *libertad*, y su causa se confundía con la de la humanidad entera. Todavía en el siglo XVII, si la Casa de Austria hubiese logrado anular la independencia de los príncipes, la unidad hubiese sido la ruina de la Reforma.

Sin duda alguna que la *libertad alemana* tiene su reverso. Ya en las largas negociaciones de Munster y de Osnabruck, los príncipes que conservaban algo de patriotismo debieron llorar al verla dominada, ó, por mejor decir, insultada por el extranjero; la Suecia y la Francia desmembraron el imperio en nombre de la *libertad alemana* (1). El desmembramiento es siempre un mal, y además un crimen; pero hay que ver á quién se debe imputar. Los príncipes protestantes debían aferrarse á su libertad, puesto que era un áncora de salvación para el protestantismo; pero no supieron defender su libertad como no habían sabido defender su fe, hé ahí la necesidad de la intervención extranjera;

(1) RAUMER, *Geschichte Europas seit dem XVten Jahrhundert* tomo III, p. 626 y siguientes.

que produjo necesariamente el fraccionamiento de la Alemania. Pero, al menos, el mal no quedó sin compensación: la libertad religiosa fué consagrada por el mismo tratado que desmembró el imperio. Y en cuanto á la libertad política reconocida á los príncipes, si es cierto que debilitó el imperio, también garantizó la existencia de la Reforma, y, por consecuencia, la libertad de pensar. ¿Y no es el libre pensamiento la eterna gloria de la Alemania? Bien vale esa gloria el precio de ser ganada en los campos de batalla (a).

§ II.—La Casa de Austria.

Los protestantes reunidos en Heilbronn en el año 1633 escribieron al rey de Francia: "Lo que se ha hecho estos años pasados en las guerras de Mantua y de Suiza demuestra bastante que el deseo de dominación del enemigo no se encierra en los límites de su país, sino que esa monarquía universal, tan bien disfrazada, toca también á nuestros vecinos, y que esta Casa (la de Austria) quiere sentar los fundamentos sobre las ruinas de nuestra libertad, y, así apoyada; destruir más fácilmente los demás reinos y repúblicas. La Francia ha experimentado ya durante algunos siglos adónde se encaminan los designios de España; y hoy lo mismo lo experimentaría si el enemigo llegase á subyugarnos." (1). Richelieu lanzó la misma acusación contra la rama española de la Casa de Austria: "¿Qué otra cosa han hecho los Españoles desde el tratado de Vervins más que engrandecerse á expensas de sus fieles vecinos y pasar de provincia en provincia, y como una hoguera á quien el combustible más próximo sirve de pábulo para llegar al más apartado, subyugar un país después de otro, según la proximidad del últimamente ocupado? Lo mismo pretendían hacer con todos los Estados de Europa, y llegar por ese me-

(a) Laurent da aquí un tropiezo mayúsculo. Más adelante nos hablará de Gnocio y de su *Derecho de guerra*, y ya veremos allí que su criterio es empírico y falso, porque no descansa en principio alguno que merezca este nombre; y aquí lo revela bien claramente. El buscar la gloria de sostener una causa justa, ¿es causa bastante para hacer la guerra? Error erasísimo. La hicieron en Alemania el cardenal Richelieu, que no aspiraba á la gloria de hacer triunfar la Reforma ni la libertad del pensamiento. Y la Alemania ganó sin saberlo una gloria que se convirtió en provecho para los que se la ganaron y en puro daño para ella. Esa conclusión de Laurent, con ademanes de aforismo liberal, es un sarcasmo para Alemania. La libertad y la verdad y la justicia no son casuistas.—(N. del T.)

(1) *Negociaciones de FEUQUÉRES*, t. I, p. 216.

dió á la monarquía universal de la cristiandad, que es el único límite de su divisa." (1).

La Casa de Austria rechazó vivamente la imputación que servía de motivo ó de pretexto á la coalición del rey cristianísimo con los príncipes protestantes de Alemania, con la Suecia y la Holanda. En una *Advertencia á los embajadores de Francia respecto de las cartas por ellos escritas á los príncipes del imperio*, la acusación de monarquía universal es tratada de "sueño que solo puede salir de cabezas calenturientas, y hacerse creer sólo á gentes que hayan perdido el juicio." "La Casa de Austria, solamente por medios suaves y moderados, tales como las alianzas, las herencias y la concordia doméstica, ha llegado á ese estado de poder que no han podido alcanzar sus rivales por medio de turbulentas facciones y de trastornos sin cuento." (2). Los historiadores alemanes abundan en esas ideas: "Ni Fernando II ni Felipe pensaron nunca en semejante monarquía: espíritus estrechos, no mostraron energía más que en la reacción católica, persuadidos como estaban de que aquella era la causa de Dios. Pero en ellos no se descubre esa vasta ambición que gratuitamente se les supone." (3).

Entre esas opiniones contradictorias, los hechos decidirán. Que la rama mayor de la Casa de Austria haya tenido la ambición de la monarquía universal no puede ponerse en duda. Un escritor español, Andrés de Mendoza, en un libro dedicado á Carlos I de Inglaterra cuando aún era príncipe de Gales, se atrevió á llamar á Madrid la *capital del mundo*: "Y lo es, dice, con más justo título que lo era Roma antiguamente, tanto más cuanto que por derecho natural y de sucesión, el imperio del mundo asienta en la persona del rey Felipe; toda vez que el sol no se pone en sus Estados, lo que no se podía decir del imperio romano, y las armas españolas dan la ley á la mayor parte del universo, en Italia, en Alemania y acaso en África." (4). La política de Felipe III fué tan invasora como la de su padre; á pesar de la paz de Vervins continuó sus intrigas en Francia para excitar á los descontentos, y se alió hasta con los hugonotes para destruir la monarquía de Enrique IV ó para

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 218, 302, 307.

(2) *Negociaciones secretas de Munster relativas á la paz*, t. I, página 362.

(3) A. MENDEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 234.

(4) *Mercurio francés de 1626* (t. XII, p. 782).

debilitarla, al menos, desmembrándola. También abandonó sus pretensiones á la Inglaterra; y dueño de la Italia por la posesión de Milan y de Nápoles, quiso enlazar sus inmensos dominios, apoderándose de la Valtelina, y aun codició la Bohemia y la Hungría. Consideraba á los reyes de Inglaterra y de Francia como soberanos de un rango inferior, y sus embajadores llegaron á sostener que un monarca tan grande como el rey de España no podía estar obligado por los tratados, y que no reconocía otras leyes más que su moderación y su clemencia (1). Por grande que sea el contraste entre esas extravagantes pretensiones y las flaquezas de los príncipes que ocupaban el trono de España, la corte de Felipe III no modificó en nada el tono arrogante que venía siendo de estilo en las relaciones con los otros Estados: no parece sino que, á fuerza de orgullo, se querían ocultar al mundo las llagas que destruían el imperio de Carlos V. Quizá también los Españoles se hacían ilusiones respecto de su decadencia. Al paso que el consejo de Castilla daba la voz de alarma viendo la despoblación de España, aconsejaba á Felipe III que continuara la política de sus antepasados, y creía que, conllevando bien sus recursos, el rey podía llegar á ser el señor del mundo. Ese señor del mundo era casi imbécil; con gran trabajo había aprendido la gramática y algunos trozos de Santo Tomás; á eso se limitó su desarrollo intelectual. En la parte moral permaneció siempre en la infancia; ni aun tuvo voluntad bastante para elegir una mujer. ¡Su grande ambición se reducía á que la Iglesia consagrara el dogma de la Inmaculada Concepción! (2).

Esa mojigatería, que nos parece en un rey tan fuera de su lugar, contribuyó en el siglo XVII á mantener el prestigio de la superioridad española; el rey de España era siempre el rey católico por excelencia, el protector de la Iglesia y de todos los creyentes. Richelieu dice que aquello era política é hipocresía: "La religión no es más que una máscara con que se cubren la cara; tener á Dios y á la Virgen en la boca, la religión en los labios, un rosario en la mano y el corazón poseído de intereses materiales, hé ahí la primera máxima de estado de esa nación soberbia." (3). El testimonio del cardenal

(1) SIMONDI, *Hist. de Francia*, t. XXII, p. 419.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, páginas 440, 131 y siguientes.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 293, 383; t. IV, p. 143.

es sospechoso, porque como él no se decidía nunca más que por razones de Estado, en ninguna parte quería ver más que política. Los reyes de España dieron pruebas demasiado manifiestas de su fanatismo, para que pueda dudarse de él. Cuando se deliberó sobre la suerte de los moriscos se consultó al papa; Paulo V y los cardenales fueron de parecer que era necesario extirpar aquella raíz de herejía sin piedad ni misericordia, porque la Escritura Santa nos dice que el árbol que no produce buenos frutos debe cortarse y echarlo al fuego (1). El rey siguió aquel funesto consejo, el cual ciertamente no estaba dictado por el interés político. En la gran lucha del siglo XVII, la España se dejó igualmente arrastrar por motivos religiosos; un testigo ocular y bien informado es el que lo dice. Al principio de la guerra de los treinta años, la rama alemana de la Casa de Austria se encontraba en grandísima angustia; Fernando reclamó socorros á Madrid, y su embajador, el conde de Khevenhiller, se queja amargamente de no haber encontrado en los ministros de Felipe III más que ignorancia de los asuntos de Alemania ó mala voluntad; sin el apoyo de la religión, sus negociaciones hubieran fracasado: "¿Qué es lo que tiene el rey de comun con el imperio?" le decían el duque de Uceda y el confesor de Felipe, que gobernaban la monarquía. En vano el enviado austriaco insistió con el confesor invocando los vínculos de parentesco que unían á las dos ramas de la Casa de Austria; en vano le mostró que estaba de por medio la religión; el confesor se mantuvo inflexible, y fué necesario que el conde de Khevenhiller apelase directamente á los sentimientos religiosos del rey y le dijese que sería responsable de la salud eterna de millares de fieles que la victoria de los protestantes mantendría en la herejía. Entonces Felipe III cedió (2). En realidad, el interés del catolicismo se confundía con su ambición: la monarquía universal, con la que los Españoles estaban tan orgullosos como si fuesen ya los señores del mundo, no tenía razón de ser si los reyes católicos no eran los campeones de la Iglesia nacional.

Lo mismo sucedía con la rama alemana de la Casa de Austria. Antes del advenimiento de Fernando, el papel que desempeñó en el mundo polí-

(1) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, ad a. 1608 (t. VII, página 253).

(2) KHEVENHILLER, *Anales Ferdinandei*, ad a. 1609 (t. IX, páginas 702-706; t. X, p. 91).